

Pocos días después, la revolución chilena sucumbía, y sus emigrados buscaban un asilo en Mendoza con Carrera y O'Higgins á la cabeza.

### III

El 9 de octubre llegó á Mendoza la noticia del desastre de Rancagua. Dos días después recibía San Martín un oficio de Carrera, datado en Santa Rosa de los Andes (octubre 5), en que solicitaba nuevamente auxilio de tropas para continuar la guerra (8); pero antes de esperar la contestación, el general chileno desistía de su vano empeño, y evacuaba el territorio patrio, expulsado por el enemigo, según queda relatado. El gobernador de Cuyo ensayó entonces por la primera vez el sistema de prestaciones de auxilios que se proponía implantar en su provincia, estimulando los sentimientos de humanidad del vecindario, como más adelante estimularía su patriotismo para exigirle el sacrificio de sus bienes y de sus personas para el servicio del Estado. El pueblo respondió generosamente á su llamamiento, remitiendo más de mil cargas con víveres en abundancia y gran número de mulas de silla para auxiliar á los emigrados, á la vez que en la ciudad se disponían alojamientos para recibirlos.

San Martín se puso en marcha hacia la cordillera con el objeto de cumplir personalmente los deberes de la hospitalidad. Al llegar al valle de Uspallata, encontróse con una soldadesca dispersa, que salteaba las cargas, inutilizaba los víveres y cometía todo género de depredaciones (9); mientras

(8) Barros Arana: « Hist. de la Indep. de Chile, » t. III, p. 96.

(9) Todos los historiadores chilenos están contestes en este punto.

que otros grupos de hombres y mujeres vociferaban contra los Carrera, á quienes culpaban de todas sus desgracias, acusándolos de traer entre sus cargas un millón de pesos extraídos del tesoro público de Chile. Á poco trecho, hallóse con O'Higgins, á quien saludó afectuosamente, recomendándole interpusiera su autoridad á fin de contener tan deplorables excesos. En seguida mandó publicar un bando para que toda la tropa desbandada se reuniese en piquetes á las órdenes de sus jefes y oficiales, bajo pena de la vida, encomendando su cumplimiento al coronel Alcázar y al capitán Freyre, quienes consiguieron reunir un escuadrón de cien dragones chilenos. No bien restablecido aún el orden, difundióse en el campo el alarmante rumor de que la retaguardia, que cubrían Carrera con el resto de su fuerza y Las Heras con los Auxiliares, había sido destrozada por el enemigo. San Martín, para infundir confianza, se adelantó hasta el desfiladero de Picheuta, donde recibió parte de Las Heras de que la retirada se continuaba sin novedad. Con esta noticia, regresó á Uspallata. En la noche llegó Carrera al mismo punto, y envió á su hermano don Juan José á saludar al gobernador en nombre del « supremo gobierno de Chile, » anunciándole que en una choza inmediata se hallaban los miembros que lo componían, por si deseaba ir á verlos. San Martín envió á su vez un ayudante á darles la bienvenida, sin darse por entendido de la insinuación, aun cuando, como él lo dice, « le chocó vivamente la pretensión de conservar » en territorio extraño la representación ambulante de una » autoridad sin pueblo y sin súbditos, como si el gobierno » fuese una gratificación honorífica inherente á sus personas » (10).

(10) Barros Arana en su « Hist. de la Indep. de Chile » y Vicuña Mackenna, en su « Ost. de los Carreras, » han repetido que San Martín y Carrera se encontraron ese día en uno de los desfiladeros de la monta-

Comprendiendo el gobernador, que se pretendía menoscabar su autoridad en el territorio de su jurisdicción y erigir una entidad extraña, independiente de él, dió crédito á la denuncia de los emigrados, de que Carrera ocultaba los caudales públicos entre las cargas que conducía, dispuso que todas ellas fuesen registradas en el resguardo de la cordillera, de conformidad á los reglamentos de la aduana terrestre de Cuyo. « Yo no debía creer », dice él, « estas denuncias, ni » tampoco debía despreciarlas, aun cuando fuera una fortuna encontrar esos fondos para organizar desde luego un » ejército con que vindicara á Chile, y fuera un inconveniente el registro de las cargas si en ellas no se encontraba » lo que se inquiría, porque afectaría la noble hospitalidad » con miras sombrías, dando motivo de queja á los afligidos » que merecían la confianza más sincera. Este era un miramiento de mi delicadeza, pero la conveniencia pública » demandaba una providencia de precaución » (11). La razón de Estado prevaleció como siempre sobre sus sentimientos, y en consecuencia dictó la providencia del registro, resuelto á hacer respetar la autoridad que se pretendía desconocer por un aparato de gobierno supremo que había dejado de

---

ña, y que el segundo pasó con su comitiva sin saludarlo. Amunátegui, en su « Reconq. de Chile, » no menciona este hecho. Los tres aseveran, que en esa misma noche tuvo lugar una conferencia entre ambos, que fué muy cordial, lo que desmentiría el hecho á que han dado crédito, recogiendo una tradición vulgar. Aunque el incidente es nimio en sí, tiene su importancia histórica por las consecuencias que se le han atribuido. La verdad de lo sucedido es lo relatado en el texto, según consta de un proyecto de manifiesto que hemos encontrado entre los papeles de San Martín, con apuntes y enmendaturas de su puño y letra, que garanten su autenticidad, y lleva la fecha del 25 de junio de 1818 en Buenos Aires, el cual, según se deduce de su contexto, tenía por objeto refretar el manifiesto que don José Miguel Carrera publicó por ese tiempo. (Arch. de San Martín: « San Martín y Carrera. 1814-1818. » Vol. XIII, núm. 10. M. S.).

(11) Proyecto de manifiesto de San Martín, cit. en la nota anterior. « Arch. de San Martín, » vol. XIII, núm. 10. M. S.

existir, después de perder á su país. En seguida retornó á Mendoza.

Notificado Carrera, de que todas las cargas debían ser sometidas á un registro, declaró que antes de consentir en ello entregaría su equipaje á las llamas, y como su protesta era apoyada por la fuerza que lo acompañaba, el guarda de cordillera hubo de dejarlas pasar. San Martín creyó que era llegado el caso de hacerse respetar, y en el acto pasó una nota á Carrera, previniéndole « que no dejaría impune tal » atentado contra las leyes del país y la autoridad de su gobierno, y que en consecuencia, el ayudante mayor de plaza » estaba encargado de ejecutar el registro prevenido. » Carrera quedó confundido ante esta manifestación de una voluntad decidida, y contestó con dignidad, á la vez que con aparente deferencia mezclada con sarcasmos « que no era la » amenaza, sino el deseo de conservar su opinión, acallando » la indigna voz de ocultar caudales públicos, ligeramente » acogida, lo que lo hacía someterse á la extraña providencia del registro de su equipaje, que de otro modo habría » quemado, » agregando por conclusión: « No se ha reservado una sola cinta del ajuar de las señoras de esta comitiva; y así han principiado á descansar de las fatigas de » un camino penoso y á recibir el premio de sus virtudes » (12).

El gobernador quedaba así humillado y burlado, porque si bien se cumplió su orden, no se encontraron los caudales denunciados, que efectivamente se perdieron en casi su totalidad en la retirada de la cordillera; y además, la hospitalidad perdía mucho de su mérito por un celo tan intempestivo contra la desgracia, que sólo el propósito de contener pre-

---

(12) Of. de Carrera á San Martín de 17 de octubre de 1814. Arch. de San Martín, vol. XIII, núm. 4: « San Martín y los Carrera ». M. S.

tensiones avanzadas podía explicar y justificar. Pero Carrera, con su intemperancia habitual, perdió la ventaja moral adquirida dirigiendo casi simultáneamente al gobernador un oficio lleno de recriminaciones, en que le decía que, « al » pisar el territorio argentino había conocido que su auto- » ridad y su empleo eran atropellados; pidiendo que se le » dijese cómo era recibido, para arreglar en consecuencia su » conducta, como jefe que era de los restos de las tropas » chilenas; que creía no debía entenderse sino con el Gobier- » no Supremo de las Provincias Unidas, carácter que nadie » estaba facultado para alterar en lo menor » (13). San Martín contestó refutando punto por punto las acusaciones de Carrera, diciéndole que, « nadie sino el gobernador inten- » dente había impartido órdenes á sus subalternos para con- » tener una caterva de soldados dispersos que cometían los » mayores excesos en su jurisdicción, cuando él (Carrera) » no se hallaba presente : que todos los emigrados habían » sido recibidos y tratados con la consideración de hermanos » desgraciados : que lo reconocía como jefe de las tropas » chilenas que conducía, pero bajo la autoridad de la pro- » vincia, con sujeción á sus leyes, sin permitir que nadie se » atreviese á recomendarle sus deberes » (14). Carrera á su vez quedó humillado ante este tono firme y moderado, y San Martín se confirmó más en su resolución de apartar de su camino á un hombre que no podía ser sino un obstáculo para sus planes ulteriores.

Carrera continuó titulándose, juntamente con sus colegas « Excelentísimo supremo gobierno de Chile, » y dictaba órdenes

(13) Of. de Carrera á San Martín : « Arch. S. M., » vol. XIII, núm. 4, M. S.

(14) Of. de San Martín á Carrera de 17 de octubre de 1814. (« Arch. San Martín, » vol. XIII, núm. 4, M. S.) — Barros Arana ha publicado íntegro este oficio, insertándolo en el texto de su « Hist. de la Indep. de Chile ».

en el recinto del cuartel, que se le había asignado como asilo, cual si se hallase al frente de un Estado independiente, afectando desconocer la autoridad del gobernador de la provincia. Éste, por su parte, sin la fuerza material necesaria para imponerse, hubo de prudenciar por el momento.

La emigración chilena había introducido en Mendoza un elemento de perturbación, que ponía en peligro la tranquilidad pública. El campamento de Carrera era un aduar, emancipado de la ley del territorio, que tenía de su parte la preponderancia militar (15). Los conflictos entre la policía y la tropa que no reconocía más autoridad que la de su caudillo eran frecuentes. Agréguese á esto la profunda división que estalló en el seno de la misma emigración, recrudesciendo los antiguos odios entre ohigginistas y carrerinos, á quienes la común desgracia exaltaba en vez de calmar, y se tendrá una idea de la crisis por que atravesaba aquella población hasta entonces tan pacífica. Los bandos se dirigieron alternativamente á San Martín, en demanda de justicia y castigo el uno contra el otro, acusándose recíprocamente de traidores á su patria. San Martín, aconsejado del Dr. Passo y el coronel Balcarce, dirigió un oficio á Carrera, manifestándole que « aun su seguridad personal y la tranquilidad pública hacía » necesario su alejamiento á la ciudad de San Luis, á la » espera de las órdenes del gobierno. » Carrera contestó : « Como general del ejército de Chile, y encargado de su » representación en el empleo de vocal de Gobierno, que » dura mientras se reconozcan los patriotas libres que me » acompañan, y mientras hagamos al Directorio de estas pro- » vincias la abdicación de armas y personas, sólo puedo con- » testar, que primero será descuartizarme que dejar yo de

(15) Según un estado que trae Amunátegui en la « Reconq. de Chile » la fuerza que Carrera tenía á sus órdenes ascendía á 708 hombres.

» sostener los derechos de mi patria. » San Martín replicó sencillamente, refiriéndose á la ulterior resolución definitiva de gobierno, á que quedaría sujeto, y le previno por última vez, que en el territorio de Cuyo no existía ni podía existir más autoridad que la que él representaba.

Esta actitud tranquila del astuto gobernador de Cuyo ocultaba la ejecución de un plan que debía dar el golpe mortal á Carrera. Ayudado por O'Higgins, Mackenna, Alcázar, Freyre y otros oficiales desafectos á Carrera, llamó á su lado como á una mitad de los emigrados chilenos, con cuya cooperación pudo desde luego contar. Reconcentró en Mendoza á los auxiliares de Las Heras, y sigilosamente reunió las milicias de los alrededores. Cuando se sintió fuerte, mandó publicar un bando por el cual se permitía á los soldados chilenos alistarse voluntariamente en el ejército argentino, dejándolos en libertad para retirarse á la vida privada. Simultáneamente, circunvaló el cuartel de Carrera, abocando dos piezas de artillería á su puerta, y le intimó, que : « Todos los emigrados » quedaban bajo la protección del gobierno de las Provincias » Unidas, como habían debido estarlo desde que pisaron su » territorio, quedando libres de toda obligación respecto de » una autoridad extraña que había caducado, y que por lo » tanto, no debiendo existir ningún otro mando sino el de la » nación, le prevenía, que en el perentorio término de diez » minutos entregase las tropas que se hallaban bajo sus ór- » denes, en la inteligencia, que la menor contravención, de- » mora ó pretexto, lo haría considerar, no como á un ene- » migo, pero sí como á un infractor de las supremas leyes » del país. » (30 octubre 1814). Carrera hubo de resignarse á su suerte. Extrañado á la ciudad de San Luis, de donde pasó poco después á Buenos Aires, fué seguido inmediatamente por el resto de sus tropas desarmadas, diciendo de ellas San Martín, « no quería emplear soldados que servían » mejor á su caudillo que á su patria. » En seguida, le asestó

el golpe final, mandando recoger por medio de una comisión de chilenos los dineros públicos que se habían salvado en su retirada, con la declaración de que « los caudales sacados de » Chile por don José Miguel Carrera, no podían ser propiedad » suya ó de su familia, y que al depositarlos en las arcas de » la provincia era con el objeto de hacerlos servir más tarde » en beneficio de aquel país. » Desde entonces quedó roto el destino de Carrera en su primer choque con el hombre férreo, que tan fatalmente debía pesar sobre él, proscribiéndolo por siempre de la vida pública de su país.

## IV

Por un momento pareció que la fortuna volvía á sonreír á Carrera. Poco después de su arribo á Buenos Aires (10 de enero 1815) era nombrado director supremo el general Carlos María de Alvear. Coronado con los laureles de la rendición de Montevideo, aspiraba á ceñirse los de la campaña del Alto Perú, según queda dicho. Al efecto, habíase hecho nombrar por su tío el director Posadas general en jefe del ejército del norte, el cual se negó á reconocerlo, confirmando en el mando al general don José Rondeau que se hallaba á su frente. Posadas renunció el puesto, y fué sustituido por Alvear, que no contaba con más apoyo que el de la Logia de Lautaro. Elevado así al poder supremo por el influjo de una camarilla más que por el de la opinión, creyóse en aptitud de dominar la situación, dándole por base un partido militar y un ejército disciplinado. Carrera y Alvear eran dos héroes de la misma talla, poseídos de la misma ambición sensual, y que estaban destinados á representar el mismo papel en la revolución americana. Habían militado juntos en España, y allí habían soñado con llegar á ser los dominadores en sus respectivos países. Al